

EL TRONO DE BARRO

TEO PALACIOS

EL TRONO DE BARRO

Jaque al duque de Lerma



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: noviembre de 2015

© Teófilo Palacios, 2015

© de la presente edición: Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6290-9

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. B 24539-2015

Impreso en España

A mis hermanos.
Por todo lo que nunca os dije.
Por aquellos años perdidos.

AGRADECIMIENTOS

Hay muchos que han hecho posible este libro. El profesor Antonio Feros escribió una maravillosa monografía sobre el duque de Lerma que es la piedra angular de esta novela, y no contento con ello aún fue capaz de comentar conmigo algunas cuestiones históricas. Con Aroa Navarro tengo múltiples deudas; una de ellas es su cariño y su guía desinteresada en los aspectos de vestuario de este libro: sin ti no hubiera sido lo mismo. Augusto Fioretti es un amigo fiel en la distancia que se encargó de confirmar los aspectos de los pasajes que transcurren en París. Te debo una novela, no lo olvido. Ana «Pope» siempre está ahí, no importa el tiempo que que pase sin vernos o hablar; te quiero.

Hay toda una generación de escritores increíbles en este país dedicados a la novela histórica: Sebastián Roa, Javier Pelli- cer, Blas Malo, Nerea Riesco, Manuel Sánchez-Sevilla, Francisco Narla, Ricard Ibáñez, Carlos Aurenanz, Miguel Aceytuno, Olalla García... Gracias por vuestra amistad, gracias por vuestro trabajo: compararme con vosotros me obliga a trabajar más duro.

Déborah Albardonedo es mucho más que una agente. Es un faro, una guía, una estupenda conversadora cuando nos da por hablar durante horas al teléfono. Y alguien que siempre cree en mí. Este éxito hay que anotarlo en tu casillero.

A Penélope, mi editora. Y a todo el personal de Edhasa. Vuestro trabajo en la edición de libros es maravilloso. Me siento honrado de que volváis a publicar una nueva obra mía.

A ti, librero. Por confiar una vez más en mi trabajo. Por aguantar en tiempos difíciles.

Tú no puedes faltar en este apartado, lector. Toda esta magia no sería posible sin tu existencia: gracias por fijarte en este libro.

Y a mi roedora... que está siempre al otro lado de la mesa, esperando lo mejor de mí a pesar de que más de una vez lo que le lleguen son gruñidos atareados. Nada sería posible sin ti.

ÍNDICE

PARTE I: ENVIDIA	13
PARTE II: AVARICIA	143
PARTE III: PENITENCIA.	417
Epílogo	497
Post scríptum	499
Listado de personajes.	505

PARTE I

ENVIDIA
1575 – 1598

CAPÍTULO I

La lluvia arrancaba quejidos de la techumbre de la casa de Francisco de Sandoval. Los nubarrones habían oscurecido la tarde madrileña antes de tiempo. El clima seguía siendo frío y la amplia chimenea refulgía con las llamas. Los troncos crepitaban con fuerza lanzando pequeñas chispas más allá del hogar. Sin embargo, Francisco no reparaba en ello, pues estaba disfrutando del cuerpo sudoroso de su amante, una joven andaluza de la que se había encaprichado meses atrás. Ella cabalgaba en ese momento sobre el cuerpo del noble, con el fuego reflejado en la pequeña porción de espalda que su espesa melena negra dejaba entrever. Francisco se alzó del colchón, ensartado en ella, para lamer la miel de aquellos pezones erguidos. Ella gimió al contacto de la lengua, húmeda y salvaje, y apretó su menudo cuerpo con más fuerza contra la ingle del hombre, frotándose enloquecida mientras lanzaba su cuello hacia atrás con un profundo gemido. De repente, él se levantó por completo, saliendo de ella y haciendo que se colocara de rodillas para penetrarla por detrás. Empujó con fuerza una vez y otra, haciendo que la joven terminara doblando los codos para tener mejor apoyo. Una vez se sintió cómoda de nuevo, comenzó a moverse al ritmo de las embestidas que recibía, elevando más el ritmo hasta que, al fin, desde lo más profundo de su cuerpo, la sacudió el latigazo mordaz que la llevó al éxtasis. Sonrió, sabiendo que esa misma noche disfrutaría de otros instantes como aquel. Francisco siempre lograba hacerla gozar.

Se acercaba la media noche y descansaban adormilados y lánguidos bajo las colchas cuando uno de los sirvientes de la casa llamó con urgencia a la puerta. Entró sin esperar respuesta, arriesgándose a despertar el enfado de su señor.

–Don Francisco, debéis levantaros. ¡Rápido!

Francisco de Sandoval apenas pudo reaccionar. Era demasiado extraño que un servidor lo reclamara de ese modo.

–Pero, ¿qué estás diciendo, Miguel?

–Debéis daros prisa. Vuestro padre acaba de morir y vuestro tío ya os espera.

No tardó en despejarse la cabeza y comenzó a vestirse con rapidez ayudado por Juana, que lo miraba temerosa a través del espejo al tiempo que las manos le temblaban al ayudarlo con el colete.

–¿Qué te ocurre?

–Nada, Francisco...

–Dime qué te ocurre –ordenó con voz suave mientras alzaba el mentón de su amante–. Dímelo –insistió tras besarla brevemente.

–Te vas, Francisco... Te vas, ¿y qué será de mí ahora?

Él rompió a reír, divertido.

–Ahora, querida mía, es cuando menos debes temer por tu futuro. Ahora soy marqués de Denia... No, querida mía. Nada debes temer –aseguró mientras volvía a rozar con intención los pechos lozanos de ella–. No te alejes demasiado. Volveré pronto, y entonces retomaremos la noche que nos han robado.

En el monasterio de San Jerónimo había más ruido de lo habitual. Se había fundado gracias a la merced de los Reyes Católicos, quienes, de milagro, habían salvado la vida cuando su tienda se incendió la misma noche de las capitulaciones de Granada. Así fue como decidieron erigir, en el mismo lugar en el que se levantaba la tienda, un monasterio en honor a Santa Catalina Mártir. Aquello fue en Santa Fe, y pronto, debido a las insalubres condiciones de la zona, pantanosa y plagada de pulgas, los monjes se trasladaron a la misma Granada hacía ya demasiado tiempo, tanto que se necesitaban obras

en el lugar, y con la llegada de la primavera empezaron los trabajos en el refectorio. Los maestros que colocaban los azulejos eran los responsables del escándalo que perturbaba la tranquilidad de aquel lugar de retiro.

Lorenzo Ferrer los observaba oculto junto al atril en el que reposaba la biblia. Debería estar trabajando, pero su espíritu era demasiado inquieto. Quería saber de todo, aprender sobre todas las artes, las ciencias y los trabajos. Era demasiado joven como para comprender que eso era imposible, y sus afanes le habían costado algún que otro disgusto. Ahora reposaba masticando una hogaza de pan que había podido sacar de la cocina sin ser visto. Comprobaba absorto los trabajos cuando una voz apagada, aunque firme, le sobresaltó.

—Así que aquí estás...

No tuvo necesidad de volverse. Cerró los ojos con fuerza y contuvo la respiración. Sabía que lo castigarían.

—Acompáñame —ordenó el abad en el mismo tono apagado que, no obstante, no lograba disimular su furia—. Estoy cansado, Lorenzo —comenzó a decir tan pronto como dejaron atrás el refectorio y estuvieron solos—. Cansado de tu falta de sentido común; de tu falta de interés... De tu falta de obediencia. He sido paciente contigo. Lo he sido por el cariño que te tengo, que todos te tenemos, pues casi podríamos decir que naciste entre nosotros. He sido paciente porque, no hay duda, tienes talento. Eres buen estudiante y podrías convertirte en lo que quisieras. ¿Quieres ser copista? Pocos son capaces de manejar la pluma como tú. ¿Ilustrador? Ya has empezado a trabajar en algún que otro libro, dejando en evidencia a otros que realizan el mismo trabajo, aunque abandonarás el proyecto al poco de empezarlo. ¿Te gustaría traducir? Hablas varias lenguas y podrías hacerlo con facilidad. Y todo ello pese a tu juventud. Créeme —aseguró deteniéndose un breve instante en el corredor por el que avanzaban—, a veces me cuesta comprender el motivo que Dios ha podido tener para dotarte con tanto ingenio e inteligencia y, al mismo tiempo, con tan poco juicio —concluyó endureciendo la voz. Lorenzo caminaba dos pasos por detrás

de él, sin atreverse a replicar, cuando salieron al claustro—. Pero ya no más. No más paciencia. No más oportunidades. A partir de hoy te trataré con la dureza necesaria para encarrilar tu camino. Para empezar, te quedarás aquí, en el claustro, al sol. Todo el día. No beberás ni comerás. Tampoco te sentarás; permanecerás de pie y sin caminar. Quítate el hábito y ponte esto. —Le alcanzó un cilicio de pelo de cabra que le arañó la muñeca tan pronto como lo cogió. Lorenzo miró al abad, pero éste mantuvo la misma actitud, así que, con un nuevo suspiro y sin replicar, pues sabía por experiencia que solo lo llevaría a cosas peores, hizo lo que le ordenaban, sintiendo de inmediato la incomodidad de la prenda. El abad asintió antes de continuar—: Esta noche te flagelarás veinte veces y...

—¡Pero..., mi señor abad!

—¡Serán cuarenta azotes! —replicó el abad con furia—. Y permanecerás una semana sin hablar. Así tendrás tiempo para meditar en lo que quieres hacer con tu vida.

Aún no habían cantado maitines. El día pareció no tener fin. Cada movimiento que hacía en su intento por descansar las piernas hacía que los pelos de cabra del cilicio se le clavarán en el cuerpo, que terminó lleno de heridas. Mucho antes de Sexta, el sudor que se colaba por ellas lo mortificó; en Nona, el suplicio ya era casi insoportable. La sombra alargada del oca-so no lo alivió, pues apenas si fue consciente de su llegada. Le temblaban las piernas y cayó en un par de ocasiones, aunque ninguna de ellas pudo descansar, pues casi de inmediato aparecía algún hermano aleccionado por el abad, que lo urgía a levantarse nuevamente. Se levantó el viento y cayeron unas pocas gotas; lo único que lograron fue enfriarle el cuerpo. Escuchó a los otros monjes en vísperas, pero no fue hasta Completas que reapareció el abad para indicarle el camino. Tenía las piernas agarrotadas y cada paso suponía un tormento para sus músculos. Llegó a duras penas a la celda del abad. Tan pronto como entraron le ordenó arrodillarse y quitarse el cilicio. La visión del pecho lo hubiera aterrado de no haber estado tan agotado: las heridas cubrían toda la piel. En algunos lugares las

costras empezaban a ocultar los arañazos. En otros, los bordes estaban enrojecidos e inflamados. Pero ni siquiera eso retuvo la fría ira del abad, que le puso el flagelo en la mano.

—Puedes comenzar.

Lorenzo se echó a llorar. Apenas podía mantenerse de rodillas. Lo miró suplicante. Durante un instante, los ojos del abad se nublaron, pero tragó saliva y volvió a hablar.

—Estoy esperando. Y procura que no sean demasiado débiles o seré yo quien me encargue de tu castigo.

No le quedó más remedio que comenzar a flagelarse, abriendo más las llagas que se habían ido formando durante el día en la joven piel. No llegó a contar ocho; se derrumbó en el suelo y todo quedó sumido en la oscuridad.

* * *

—¡Estoy arruinado!

Francisco de Sandoval se encontraba con sus tíos, Rodrigo y Bernardo, en una de las estancias de su casa. Bernardo había sido ordenado sacerdote hacía poco tiempo y Rodrigo, arzobispo de Sevilla y quien se había encargado de la educación de Francisco, se lo había llevado con él para nombrarlo canónigo y arcediano de Écija. Ahora, unos meses después de que Francisco se hubiera hecho cargo de la Casa Sandoval, se habían reunido a petición de éste, que los había llamado con urgencia.

—¿Has revisado bien todas las cuentas, hijo mío? —preguntó Rodrigo.

—Querido tío, bien sabéis lo conciencuzado que soy en estos menesteres. No hay duda. Mi casa apenas recibe veinte mil ducados al año.

—¡Eso es ridículo! —exclamó Bernardo.

—Eso pensé yo, pero he revisado el estado de mi hacienda personalmente y no hay error posible. Las rentas de la Casa Sandoval son, al menos, tres veces menores que las de otros Grandes de Castilla.

Los dos religiosos quedaron en silencio unos momentos. Ninguno de ellos esperaba una noticia como aquella. Era una afrenta. Y un problema, pues no podían permitir que su sobrino se viera obligado a vender tierras y dominios para salir adelante.

–Debes casarte, Francisco.

Fue Bernardo el que habló con voz segura.

–Tío, podéis creer que, en estos momentos, contraer matrimonio es lo último que me preocupa.

–Me temo que no lo has entendido, hijo. Bernardo tiene razón. Te ayudaremos a salir de esta situación; al fin y al cabo, somos familia. Pero nuestros esfuerzos conllevarán tiempo, y tú necesitas mejorar tu posición de inmediato. Un matrimonio podría ayudarte.

–Pero no cualquier matrimonio. Tendría que ser el matrimonio adecuado –terció Bernardo.

Francisco los miraba como si no se encontrara en la misma sala que ellos. Estaba perplejo mientras observaba cómo sus tíos planificaban su futuro. La conversación entre los dos religiosos apenas se alargó antes de dar con la candidata adecuada.

–Catalina de la Cerda –concluyó el arzobispo de Sevilla–. Es la mujer ideal. Su padre, el duque de Medinaceli, tuvo relación con tu padre, no en vano fue uno de los líderes de la facción de Éboli. Don Juan ya está mayor y sin duda querrá dejar solucionada la situación de su hija antes de morir.

–Me parece la mejor opción –concedió Bernardo.

Los dos eclesiásticos se volvieron hacia su sobrino, que seguía sin ser capaz de intervenir en la conversación.

–¿Y bien? –preguntó el arzobispo.

Francisco agachó la cabeza y accedió sin una sola palabra.

–Hay algo más. –Bernardo alzó la voz logrando que lo mirara de nuevo–. Tienes que dejar de ver a esa lavandera andaluza.

–¡No!

–Tienes que hacerlo. La mantienes, la has llevado a vivir a una de tus casas. No podremos negociar tu matrimonio en esas condiciones. ¡Sería un escándalo!

–Entonces no me casaré. Haré lo que me pidáis, pero no abandonaré a Juana –aseguró.

Bernardo enrojció hasta las orejas. Iba a estallar cuando el arzobispo alzó una mano y la apoyó sobre su hombro, haciendo que callara antes de empezar a hablar.

–Está bien. No la dejes por ahora si no quieres. Pero has de ser discreto. Llévala a otro lugar, que nadie pueda verla cerca de tus posesiones. Solázate con ella, si quieres, pero que nadie más que Dios y tu confesor se enteren de ello.

* * *

Lorenzo pasó todo un día en cama a causa de su debilidad. El hermano Cristóforo, el boticario, fue el encargado de tratarle los azotes de la espalda. Le aplicó unos emplastos de tomillo con vino hervido y lo dejó tumbado boca abajo con orden de que no se moviera. Dormitó gran parte de la jornada. El sonido de los monjes entonando el himno de Nonas lo despertó. Los labios comenzaron a recitar por sí solos las oraciones, pero su mente pronto encontró otro asunto en el que concentrarse. Tomó una decisión, aunque no podía actuar de inmediato. Se levantó con cuidado para aliviar la vejiga, pero ni siquiera así pudo evitar un quejido profundo. Caminó despacio, apoyándose en los muros, y regresó tan pronto como se alivió a su jergón de la celda común. Al llegar comprobó que le habían dejado un poco de vino y una escudilla con caldo. Debían de haberlo hecho mientras dormía, aunque no había reparado en ello al levantarse. Tomó el caldo, ya frío, y se dio cuenta de que tenía hambre. Bebió el vino a tragos lentos y volvió a tumbarse. Tenía mucho tiempo para prepararse.

Al poco rato volvió el boticario. Por el gruñido que dejó escapar, Lorenzo comprendió que las heridas estaban mejor de lo que había esperar. Era una buena noticia. Apretó los dientes con la nueva cura y se relajó un poco cuando los pasos del hermano se alejaban, pero, antes de salir de la celda, se volvió de nuevo hacia él y le espetó:

—Lorenzo, te llamarán a capítulo. No debería habértelo dicho; el abad ha prohibido que se te hable hasta nueva orden, pero pensé que te vendría bien saberlo para ir preparado.

No dijo nada más, y aun esas pocas palabras fueron pronunciadas con esfuerzo, pero era un buen hombre y había cuidado a Lorenzo cuando apenas era un chiquillo, así que le tenía más cariño que la mayoría de monjes. Le dolía verlo sufrir de ese modo, aunque no podía evitarlo. Lorenzo asintió con la cabeza sin decir nada, pero aquello le servía para reafirmarse en su decisión: no permitiría que el abad lo reprendiera delante de toda la comunidad, ni tampoco volvería a pasar por un nuevo castigo, cosa que aún podía ocurrir.

Pasó la tarde descansando, perfilando su plan y, cuando llamaron a vísperas, se levantó, descubriendo que se encontraba más dolorido de lo que esperaba. Volvió a caminar hasta el claustro, donde aguardó unos instantes por si quedaba algún rezagado. Apretó entonces el paso dirigiéndose hacia la celda del abad. Debía darse prisa. Entró con rapidez. Sonrió con tristeza al comprobar que no estaba equivocado; el abad, que confiaba por completo en su rebaño, seguía dejando la puerta de la celda abierta. Había estado allí muchas veces a lo largo de su infancia y sabía dónde se guardaban todas las cosas, incluidas las llaves que cerraban el monasterio.

Cuando los monjes llegaron a la celda común no lo encontrarían en el jergón. Pensarían que habría salido por cualquier motivo y no le darían importancia. No sería hasta maitines cuando lo echaran en falta, y para entonces ya estaría muy lejos.

* * *

Juana estaba más seria que de costumbre. El pelo negro caía en bucles sobre su generoso escote, incitando a Francisco, que acababa de entrar en la sala, pero los ojos de la muchacha, que normalmente destilaban deseo, estaban apagados y la boca se cerraba con terquedad.

Francisco sabía lo que le pasaba por la mente, así que decidió atacar de inmediato el problema:

—¿Te gusta este nuevo hogar?

Ella le dio la espalda, haciendo un mohín y encogiéndose de hombros, sin responder a la pregunta. Fue a sentarse en una silla que crujió bajo su peso.

—Sé que te hubiera gustado que las cosas fueran diferentes, pero estoy sin dinero. No puedo dejar que sigas habitando en la villa de Madrid en la que te había alojado. Mi situación es muy difícil y voy a tener que desprenderme de ella —mintió con un ligero pinchazo de remordimiento—. Sé que esta casa es peor y los muebles son algo más viejos, pero no puedo hacer otra cosa...

—No me importan los muebles. Ni la casa.

—Entonces, ¿qué te preocupa, chiquilla?

Francisco se acercó hasta ella y le alzó el mentón. Una lágrima brilló con un destello y resbaló dejando un surco de tristeza.

—Me preocupa que me alejes. Me preocupa que te olvides de mí. No soy más que una simple lavandera con la que gozas en la cama. ¡Pero yo te amo, Francisco! Yo te amo...

—¿De verdad crees que no te correspondo? De ser así, ¿por qué sigo cuidando de ti? Podría haberte enviado lejos, haberte devuelto a Guadix, con tu hermano. No obstante, no lo he hecho, ¿cierto? No, mi querida Juana. Escúchame: ha habido quien me ha animado a olvidarme de ti; y me he negado. Tú seguirás conmigo, pase lo que pase.

—¿Y entonces cómo es que me he enterado de que te vas a casar? Sí, no me mires de ese modo. Incluso aquí, en los arrabales de Madrid, se escuchan las noticias.

Francisco se sentó. No estaba acostumbrado a las bastas ropas que vestía en un intento por pasar desapercibido y se rascó una pierna antes de hablar.

—Es cierto, tengo que casarme. Fíjate bien, Juana: he dicho «tengo que casarme» y no «deseo casarme». La situación en mi casa es desesperada, y el único modo de seguir adelante es a través de un matrimonio ventajoso.

–¡Cásate conmigo! Si de verdad me amas, ¡cásate conmigo! Olvida tu posición y olvida la mía. Las diferencias entre clases no deberían tener sentido en cuestiones de amor. Deja atrás Madrid y vayamos a cualquier otro lugar donde nadie nos conozca, donde podamos...

–Eso no es posible, mi flor –la interrumpió–. No se trata solo de mí. Tengo que cuidar de todos los míos. ¿Qué sería de mi hermana? No. No puedo hacer eso.

Juana rompió a llorar y él se acercó para abrazarla.

–¡Chsssst! No llores, querida mía. Soy tuyo. Siempre seré tuyo.

–¿Me lo prometes? ¿Me juras ante Dios que en tu corazón no habrá otra mujer más que yo?

–Lo juro ante Dios. Siempre que tú jures que me esperarás aquí, en este hogar, que será el nuestro, por muy pobre que sea.

–Vengo de una casa humilde, Francisco. Para mí, esto es un palacio. Y, aun así, con gusto renunciaría a él si a cambio he de estar contigo.